

MAREANDO LA PERDIZ

OVIEDO



Entre túneles y barrancos el moderno Alvia serpentea subiendo las montañas, desde de la ventana del tren se adivinan verdes valles, ríos presurosos y neveros en las cimas. Se pueden distinguir porque su velocidad ahora apenas sobrepasa los cuarenta km/h, atrás quedaron los casi doscientos cincuenta cuando dirigiéndose al norte atravesaba la llanura castellana. Nos estamos acercando a Oviedo cualquier día de esta primavera.

Hemos resuelto viajar hasta la capital del principado para relajarnos unos días poniendo distancia de por medio y, además, para poder contemplar los diferentes monumentos que conserva la bella ciudad asturiana. Pero no se asusten, este texto no pretende ni quiere ser un simple folleto turístico.

Situada en un valle muy verde a lo lejos la visión de la urbe resulta espléndida. Después de recorrer sus calles comprobamos el equilibrio urbano que aportan algunos edificios representativos de la ciudad, me refiero al teatro Campoamor y a otras muchas construcciones señoriales. Cabe destacar la importancia de su casco histó-

rico, donde están situados el Museo de las Bellas Artes y la Catedral de San Salvador de estilo gótico, complementan el conjunto numerosas calles peatonales con locales de comercio tradicional y de ocio, espacios ideales para el disfrute del turista. Una asignatura pendiente que el viajero no debe obviar cuando visita Oviedo son los monumentos modelo del prerrománico, me refiero a Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo.

Situados en el extrarradio de la urbe, su acceso es posible también con el transporte público. Desde estas dos joyas arquitectónicas podemos divisar la armonía de la ciudad, si acaso, la única nota discordante es el Palacio de Exposiciones, una firma más del arquitecto estrella Santiago Calatrava. Una polémica edificación que los ovetenses llaman popularmente «El centollo» y que, según dicen, costó cinco veces más de lo presupuestado.

Pulpo y cerveza para ver el descalabro del Barça en esta semana tan futbolera, también sufriendo por los merengues que se salvan de chiripa. Mirando a la televisión un camarero sudamericano se lamenta del descalabro deportivo. Pero no se aprecia en la ciudad una excesiva presión migratoria, apenas vemos a mujeres con velos y, aquellos que se suponen inmigrantes, parecen estar plenamente integrados en la rutina de la capital.

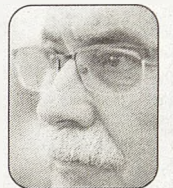
Me ha resultado sorprendente la gran cantidad de esculturas distribuidas por toda la ciudad. En parques y plazas el bronce es el material ideal para representar personajes literarios como La Regenta, la divertida escultura de Mafalda sentada en el banco o el paso decidido del polémico Woody Allen. Pero también hay muchos conjuntos escultóricos mostrando escenas tradicionales. Los parterres repletos de tulipanes y pensamientos junto a parques limpios y bien cuidados, animan al transeúnte a disfrutar del paseo, todo, a pesar de estos chaparrones primaverales que en nada se parecen al típico orbayu.

Como cualquier metrópoli Oviedo no es ajena al consumo de las grandes marcas de referencia. Mientras mi santa explora nuevas tiendas buscando no sé qué ganja, yo me distraigo observando los zapatos de los viandantes. Zapatos planos o de tacón, acharolados, de piel, con plataforma, manoleínas, tenis, mocasines, botines de colores estridentes o botas hasta la rodilla, zapatos elegantes o informales, calzado que provoca a la vista y que me distrae, zapatos con glamour para recorrer una ciudad moderna y cosmopolita. Mis ojos sólo fijan la mirada en el suelo esperando que pasen los minutos. La restauración es un apartado importante a tener en cuenta para valorar la satisfacción que nos supone un viaje de ocio y su posterior recuerdo. Pero además, las excelentes viandas típicas de la tierra como



la fabada, el cachopo, los carbayones o los diferentes tipos de queso regados con sidra nos han permitido el trato con los nativos, gente austera y comedida en emociones, pero siempre amable con el visitante, lugareños discretos, siempre atentos y serviciales ante una pregunta sobre un itinerario o ruta. Se acerca el final y no quiero olvidar la agradable sensación que me provoca un músico callejero que, acompañado de su guitarra, canta sin forzar la voz. Sin distinciones inicia un repertorio de canciones pasadas de moda, me suena ese estribillo que escucho, pero es más tarde cuando recuerdo el tema del grupo murciano M Clan.

No quiero irme de Oviedo sin volver a escucharle una vez más, deseo saludarlo y decirle que me gusta mucho esa canción. Casi al mediodía vuelvo a encontrarlo en el lugar de siempre y, tras unas palabras de reconocimiento, le echo unas monedas para valorar su trabajo. Él, agradecido ante el halago, me la dedica volviendo a tararear ese pegadizo estribillo: «Y es tan corrosivo este dolor, esta casa en ruinas que soy yo, roto y deshecho estoy todo por dentro...» Y me pregunto: Cuánto valen unos minutos de deleite o de satisfacción, qué precio poner a esos inesperados chispazos de felicidad que serenar el ánimo. El último día de la estancia mejora el tiempo, pero ya nos vamos. Hace una tarde soleada y ahora el Alvia baja las montañas dirigiéndose hacia la meseta, en la mente retenemos los recuerdos de este viaje que reflejarán las fotos y este texto que comparto con el interesado lector. Después de unas horas de viaje volvemos a casa, ya es noche cerrada y de nuevo vuelve a llover, es normal, estamos en primavera...



RAFAEL TOLEDO DÍAZ

Fdo: Rafael Toledo Díaz.

El libro, creación cristiana

La actual forma de lo que se llama "libro" es un invento de la civilización cristiana. El primer libro fue un libro cristiano. Fue a los primeros cristianos a los que se les ocurrió sustituir los rollos de papiros o de pieles por hojas cortadas en forma de cuadernos o códices. Tanto el verbo hebreo "escribir" (kâtab) como el griego "graphein" - emparentado con el latín "scribere" - significan originariamente "grabar, hacer incisiones", lo que demuestra que la forma más antigua de escribir consistía en grabar o insculpir los signos de escritura en material duro. En Egipto los jeroglíficos eran cincelados en piedra y grabados en pizarra. A partir del siglo VIII a.C. el papiro (Egipto) y el pergamino (Persia) comienzan a sustituir de modo sistemático la piedra, la pizarra, el barro, la madera, el cuero y el lino. Por ejemplo, los manuscritos bíblicos hallados en el Qumrán son, en su mayor parte, pieles y sólo una mínima parte son papiros ("biblia"), pero hay que tener en cuenta que la piel se conserva mejor que el papiro. Los manuscritos en piel de Qumrán están escritos únicamente por el lado del pelo. Al comienzo del siglo II a. C. se descubrió en Pérgamo un modo especial de tratar las pieles; el cuero así conseguido se llamó pergamino, en

razón de la ciudad de origen (Eumenes II, rey de Pérgamo, aspiraba a fundar una biblioteca que pudiera competir en importancia con la biblioteca de Alejandría, con sus obras de papiro). Pero sólo a mediados del siglo IV d. C. fue desplazado el papiro por el pergamino (salvo en Egipto). El rollo de papiro más largo llegado hasta nosotros mide 46,5 metros. Y el rollo de piel más largo que nos ha llegado es precisamente la obra de Isaías que tiene casi ocho metros.

Dado que el rollo no se manejaba con comodidad, los cristianos prefirieron muy pronto la forma de códice, en el que las hojas no estaban colocadas una junto a otra, sino una sobre otra, y se pegaban por el medio (hoja doble) o por el borde. El códice, primer libro, es una expresa invención cristiana. Mientras los rollos de papiro siguieron siendo el soporte de la literatura clásica hasta finales del siglo IV, el libro será el soporte de los escritos cristianos a partir del siglo II, y sistemáticamente a partir del III. Es así que el libro, en su forma tradicional, es un producto de la civilización cristiana que ha conquistado el mundo, potenciado sobre todo por la invención de Gutenberg, y que sin duda aún tendrá un largo futuro, a pesar de los

soportes digitales.

En relación con la conmemoración o efemérides del Día del Libro se ha vinculado ésta con la UNESCO y una resolución de la misma de 1995, olvidándose de que nuestro país ya conmemoraba el Día del Libro el 23 de abril desde 1930. Más aún, el Ministerio de Trabajo, secundado por otros departamentos ministeriales, creó en 1926 la Fiesta del Libro, obligando a Bibliotecas, Academias, Cámaras del Libro, Universidades, Institutos y otros Centros de enseñanza y de beneficencia, cuarteles, buques y otras entidades o corporaciones que percibían auxilios del Estado, de las Diputaciones Provinciales o de los Municipios, a reunirse una vez al año, el 7 de octubre, fecha supuesta del inmortal Cervantes, para dedicar una fiesta dedicada al Libro Español, cosa que despertó entre nosotros un amor solemne e institucional al libro, sin necesitar que este amor fuera levantado por ninguna institución exterior, por loable que sea. Y esta fiesta, por otro decreto del 7 de septiembre del año 1930 se trasladó, definitivamente, al 23 de abril, fecha cierta del aniversario de la muerte de Cervantes y de Shakespeare. Esto es, España lleva celebrando el Día del Libro desde hace 92 años sin necesi-

dad de ninguna iniciativa internacional. El formato actual del libro es cristiano y España lleva 92 años festejando la Fiesta Nacional del Libro. Y da cierta pena que la mayor parte de nuestros políticos actuales se refieran sólo a la UNESCO como iniciadora de este día, y no a nuestra historia nacional, tan comprometida públicamente con el Libro desde 1926.

No ha habido arma espiritual más revolucionaria que el libro. Isaac Disraeli dice en sus "Curiosities of Literature" que los grandes hombres de la antigua Roma tuvieron conocimiento de la imprenta, pero que por una profunda concepción política, calculando los grandes peligros que este descubrimiento entrañaría, decidieron ocultarlo al pueblo. Los libros son la gran bomba que abre el progreso y la libertad, y expresan en toda su variegada riqueza tanto las más nobles grandezas humanas como las más viles bajezas y las múltiples debilidades del hombre. El hombre es un dios débil y mortal, y ningún otro instrumento como el libro lo refleja de modo tan exacto.

Yo no sé si en esta loca carrera tan competitiva e hirsuta que está sufriendo España de honestidad, santidad y virtud en la esfera del poder político el libro pueda sobrevivir. ¡Cómo exultan de gozo



MARTÍN-MIGUEL RUBIO ESTEBAN

los corazones puros de la izquierda! ¡Qué inmaculado viento arranca el corrupto follaje ("perenne follaje", decía Rosalía) de la corrupción de la derecha malvada! Pero estas cruzadas de moralidad farisea y fanatismo puritano siempre han matado libros y, a veces, escritores: El califa Omar destruyó en 640 la Biblioteca de Alejandría porque existía en sus libros perversas inmoralidades. Cromwell no se contentó con privar de su cabeza al rey Carlos I, sino que también privó a Inglaterra de la Biblioteca de Oxford, la más importante de su época en lo que toca a estudios clásicos. Guillermo, el último Káiser alemán, destruyó la famosa Biblioteca de la Universidad de Lovaina por razones de moralidad. Y ya todo el mundo conoce el amor al libro que tenía Hitler. Falsos puritanos que imponen fardos pesados a los demás.